

Ascensión Hernández
de León-Portilla

Ignacio Guzmán Betancourt (comp.)
Los nombres de México
Prólogos de Miguel León-Portilla
y Alberto Ruy Sánchez
México, Secretaría de Relaciones Exteriores/
Imexci-Porrúa, 1998, 524 pp.

Cuando se tiene en las manos un libro como éste, rico en información, en reflexiones y en belleza tipográfica, cualquiera se preguntaría: ¿por qué lo hizo el autor? ¿Qué impulso lo movió a tomar la pluma y pasar cientos de horas escribiendo en papel? La respuesta nos la da el mismo autor en su introito: la sorpresa; la sorpresa ante la gran cantidad de escritos que existen acerca del significado de tres palabras: *México*, *Tenochtitlan* y *Anáhuac*. Estos escritos, nos dice, los descubrió cuando preparaba una *Bibliografía general sobre toponimia mexicana*, que salió a la luz en 1989.

Es bien conocido el interés de Ignacio Guzmán Betancourt por el tema de las toponimias, por la etimología de los nombres de lugar y su significado histórico y cultural; de manera que no extraña que su mente se fijara en los tres topónimos más representativos de la nación mexicana: *México*, *Tenochtitlan* y *Anáhuac*. Es de suponer, pues, que al terminar su libro sobre topónimos, Ignacio Guzmán se metiera a fondo en el estudio de las tres toponimias citadas y la mejor prueba son las 524 páginas de este libro, en las cuales se guarda un verdadero *corpus* de estudios sobre ellas, especialmente sobre México, nombre que designa una ciudad y un país y que desde el siglo XVI ha sido un imán para historiadores y filólogos. La riqueza de estudios es tal,

que el autor tuvo la buena idea de distribuirlos en dos apartados: en el primero incluye todos aquéllos relacionados con el origen y significado de la palabra *México*; en el segundo, los que tratan de la polémica que se produjo en 1993 cuando se intentó cambiar el nombre oficial del país, eliminando el de Estados Unidos Mexicanos. Como vemos, uno nos lleva al pasado; otro, al presente y al futuro.

En realidad, el primero es la parte medular del libro: más de 60 ensayos acerca del significado de la palabra *México* dispuestos en riguroso orden histórico. Aunque a primera vista son muchos, al leerlos se tiene la sensación de estar haciendo un recorrido pausado por la historia de México. El lector descubrirá con Hernán Cortés "las cosas de la gran ciudad Temixtitán", se acercará poco a poco a las costas de Tabasco para escuchar los nombres de Colúa y México con Bernal Díaz del Castillo; quizá se asombre del interés de Pedro Mártir de Anglería cuando trataba de analizar la etimología de Tenochtitlan descomponiendo el vocablo en tres palabras; con seguridad quedará sorprendido de cómo los cronistas de los siglos XVI y XVII quedaron fascinados por saber acerca de aquella palabra fácil de pronunciar y de bonito sonido que designaba a la gran ciudad fundada sobre el tunal y la hermosa laguna.

Metido ya en este camino, el lector seguirá adelante y podrá encontrarse con sabios ilustrados con los que aprenderá más cosas acerca de México, Tenochtitlan y Anáhuac: con Francisco Xavier Clavijero, con Alejandro de Humboldt, con Karl Buschmann. Con este último, que era muy versado en la lengua náhuatl y en otras de tronco yutoazteca, puede hacer un recorrido en redondo por Anáhuac y su capital México, un recorrido que estará lleno de disertaciones filológicas muy eruditas. En realidad, las disertaciones se van haciendo más y más eruditas en la pluma de los historiadores que hicieron posible el renacimiento mexicano de los siglos XIX y XX: de Orozco y Berra, de Cecilio Robelo, de Faustino Chimalpopoca Galicia, de Mariano Jacobo Rojas, de Alfonso Caso y de muchos más. Inclusive para algunos de ellos, hablar del origen de la palabra *México* es filología, es historia, es lingüística y a veces también pasión encendida que acaba en polémica. Aunque para todos, quizás hay algo más de disquisiciones eruditas sobre el ombligo de la luna, el ombligo del maguey o el lugar de Mexitli, el caudillo de los mexicas; para todos hay siglos de historia acumulada en una palabra que simboliza a un pueblo y que identifica al nuevo país surgido de la Independencia y fortalecido con la Revolución.

NOTAS

Pero el recorrido que comienza con Cortés no acaba en el presente y así lo deja ver Ignacio Guzmán en el segundo apartado. En éste reúne más de 20 artículos de intelectuales conocidos publicados en dos periódicos capitalinos en 1993. Es un *corpus* pequeño, pero sustancioso. De nuevo el lector quedará atrapado y comprobará que la polémica sigue, ahora no referente a la etimología de la palabra *México*, sino a cómo debe llamarse el país: si Estados Unidos Mexicanos, República Mexicana o República Federal Mexicana. Como en todas las polémicas, unos argumentos son paradigmas de sensatez y otros de disparate. La filología y la historia ceden su lugar al derecho, a la política internacional, a la sociología, a la lucha de partidos y hasta de sindicatos. Es evidente que estamos en otros tiempos, que todo ha cambiado y que la filología y la lingüística no son tomadas como razones en una controversia de fines de nuestro siglo. Pero el lector, en este caso yo misma, pensando en la Constitución de 1824, no ceso en preguntarme: ¿una palabra de tan profundo significado debe seguir siendo adjetivo de un sustantivo, en este caso de "Estados Unidos"? ¿Acaso no puede recuperar su papel de nombre sustantivo como lo tuvo hasta la Constitución citada? ¿Será esto una simple cuestión filológica, lo cual no es poco, o será también una cuestión de semántica histórica? No quiero contestar, pero creo en la fuerza de la palabra vigorizada por la historia, y hay que recordar que desde el siglo XVI y aun antes, la palabra *México* fue el símbolo del Imperio más representativo del Nuevo Mundo.

En fin, no es el momento de hacer polémica, sino de hacer algunos comentarios al introito de Ignacio Guzmán, que contiene reflexiones muy penetrantes. Una de ellas es precisamente la de esclarecer la presencia de la palabra *México*. Ignacio parte de la idea de que México y mexica eran nombres muy concretos para designar una ciudad y un grupo étnico y afirma que "no hay datos suficientes que permitan asegurar que la gran región geográfica que actualmente ocupa la nación mexicana tuviera un nombre específico en época anterior a la llegada de los españoles". Esto es totalmente cierto, y yo añadiría que no sólo lo que es hoy la nación mexicana, sino también lo que era el Imperio Mexica carecía de un nombre específico.

Esta realidad que parece una carencia no es tal. El Imperio Mexica era joven y sus vecinos lo conocían por el nombre de su capital y de sus moradores, que eran quienes los visitaban. Por ello, los llamaban *culuah* y *mexicah*, nombres que también escucharon los primeros españoles en las costas de Yucatán, como bien lo señala Guzmán Betancourt. Es posible que Hernán Cortés, atento a esa realidad, decidiera pronto llamar a esta tierra Nueva España. O es posible, como apunta el autor, que lo hiciera admirado por la grandeza de la tierra, o por las dos cosas. El hecho es que ya en su *Segunda Carta de Relación* utiliza el nombre de Nueva España para la tierra, Temixtitlan para la capital y México para el entorno geográfico de la ciudad. Guzmán Betancourt se encarga de aportar datos en torno a los dos nombres que entrarían en juego en el

siglo XVI: México como topónimo de la ciudad y Nueva España como nombre del virreinato; y hasta un tercer nombre, dice él, aparece en el siglo XVIII, el de América Septentrional, para denotar un país inmenso como lo fue.

El libro, en fin, contempla aspectos muy notables y atrayentes. Es un manual de reflexiones acerca de los tres topónimos más emblemáticos del país: *Anáhuac*, *Tenochtitlan* y *México*, en particular este último. El lector interesado sabrá por qué México es el ombligo del maguey o, mejor, de la luna reflejada en su espejo de agua; y también aprenderá que puede ser el lugar consagrado al héroe y caudillo Mexitli, quien supo guiar a su pueblo hasta el islote del gran lago, espejo de la luna. Si así fuere, México habría tomado su nombre de su guía protector, como la Hélade lo hizo en tiempos homéricos del rey de Tesalia, Heleno.

Heleno y su esposa Pirra fueron los únicos que, por su bondad, se salvaron del diluvio destructor que envió Zeus. Gracias a ellos se salvó la humanidad. Mexitli liberó a los aztecas de sus amos opresores y los condujo hasta una tierra promisoriosa y los hizo señores de ella. Hoy día, la Hélade, aunque sigue llamándose Ellás, es conocida en todo el mundo como Grecia, nombre asignado por los romanos. Mejor suerte tuvo México, que en todo el mundo se reconoce como México, aunque oficialmente se llame Estados Unidos Mexicanos. En suma, muchos asuntos fascinantes encontrará el curioso lector en el libro de Ignacio Guzmán Betancourt, *Los nombres de México*.